

Comunicación y diplomacia en el Cisma de Occidente: Castilla, el papado e Italia a principios del siglo XV¹

Óscar Villarroel González
(Universidad Complutense de Madrid)

1. Introducción: Castilla, el Cisma y la sustracción de obediencia

El Cisma de Occidente ha sido visto desde múltiples puntos de vista como la causa de muchos cambios en la historia occidental: religiosos, políticos... La diplomacia es uno de ellos, sin duda. Los problemas internacionales causados por el hecho de que hubiese dos papas, intentando atraerse a los distintos poderes políticos del occidente europeo, dentro de su lucha por el poder pontificio, hizo que estos tuviesen que tomar un papel principal en la solución del problema. Esto llevaría a convertir el Cisma en un asunto de primer orden dentro de los contactos diplomáticos que existían entre los diversos poderes occidentales. Es evidente que no supuso el inicio de los mismos, pues ya la Guerra de los Cien Años había supuesto un primer motivo por el que la política se convertía en un marco por encima de los ámbitos regionales sujetos a una autoridad soberana (y el mejor ejemplo lo encontramos en las alianzas políticas hechas y deshechas en el entorno de esa guerra en el ámbito castellano: la opción inglesa de Pedro I y la francesa de Enrique II).

Habitualmente se ha dicho que esta situación llevó a una serie de cambios muy relevantes en el ámbito peninsular, especialmente en lo tocante a la relación de las monarquías peninsulares con el pontificado. Si hasta entonces esta se había desarrollado de una forma un tanto lejana (sin apenas representación en la Curia, con escasa participación en las iniciativas del papado...), desde el Cisma de Occidente las monarquías hispanas pasaron a jugar un papel de primer orden en la nueva situación, igual que el resto de las monarquías occidentales. La participación de castellanos en la comunicación con el poder pontificio y con los otros poderes occidentales se incrementó notablemente (Nieto, 1993, 293). Ciertamente cualquier repaso a la evolución de la actuación castellana en el Cisma nos muestra una participación muy activa de la monarquía, en diversas fases, y una muy nutrida presencia de contactos diplomáticos con la Curia y con los otros reinos (Suárez 1960, *pásim*).²

Como es bien sabido Castilla se decidió en 1380, en la reunión del clero de Medina del Campo, por la obediencia clementista, separándose así del papa de Roma, Urbano VI (Serra Estellés 2010, *pásim*). Con ello, las embajadas y peticiones político-religiosas de la monarquía castellana pasaron a realizarse ante Clemente VII y, con ello, se dirigieron de nuevo hacia Aviñón, donde había, en el fondo, costumbre de hacerlo a lo largo de casi todo el siglo XIV.

Sin embargo, hubo algunos momentos en los que embajadores castellanos estuvieron de nuevo en Italia, por diversas razones, y con ello enviaban a su monarca informaciones diversas sobre la situación en aquellos momentos. Normalmente tenían siempre que ver con las cuestiones relativas al Cisma, y nos sirven perfectamente para ver cómo en algunos momentos los reyes de Castilla mostraron especial interés por ver

¹ El presente trabajo se encuentra enmarcado dentro del Proyecto HAR2016-76174-P “Expresiones de la cultura política peninsular en las relaciones de conflicto (Corona de Castilla, 1230-1504)”, del programa estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, Ministerio de Economía y competitividad.

² Aunque el peso fundamental que en ocasiones el autor da al papel de Castilla pueda ser revisado, no cabe duda que la participación y presencia castellana es notable y muestra una profunda implicación.

cuál era la situación en la península itálica. Con todas las informaciones recibidas (fuese desde la curia de los papas que volvieron a Aviñón, o bien desde la del papa romano) los reyes de Castilla tuvieron en su mano una gran cantidad de información con la que tomar una decisión político-religiosa sobre el Cisma que estuviese, teóricamente, bien fundamentada.

A lo largo del presente trabajo pretendemos analizar quiénes actuaron en Italia para Castilla en esos complejos años, así como las dificultades que arrostraron, a quién servían y qué tipo de información transmitieron, mostrándonos de esa manera el contacto existente entre Castilla e Italia incluso en épocas de aparente lejanía. Nos serviremos para ello de un conjunto documental conservado en el Archivo General de Simancas. Es sabido, y la historiografía no ha sido ajena a ello (Pécquignot 2011, 48), que el reino de Castilla es uno en los que la documentación diplomática, en la cual las cartas tienen un valor primordial, no se conservó de forma organizada, lo que hace que sea escasa y solo en ocasiones nos encontramos con conjuntos notables de documentación (Villarroel, en prensa c). Este conjunto de documentación (sin duda una de las notables excepciones) se conservan, como veremos, un número muy abundante de cartas que nos permiten acceder a la visión y conocimiento que se tenía en Castilla de las alteraciones y estados de la política del norte de Italia a principios del siglo XV, siempre en el entorno del Cisma.³ Principalmente se ha atendido a ellas a la hora de analizar la postura de Castilla ante el Cisma, pero en este caso nos permiten también comprobar su valor para la comunicación política y para la información exterior que recibía la monarquía en un contexto como el del Cisma de Occidente (además de mostrarnos el funcionamiento de la diplomacia castellana sobre el terreno).

En 1395 Enrique III tomaba la decisión de iniciar, junto a su aliado francés y el reino de Inglaterra, una política de entendimiento en la cuestión del Cisma para forzar a los papas a poner fin a la situación y reunificar la Iglesia. Esta política, que se inició con la llamada embajada de los tres reyes, buscaba forzarles a alcanzar una solución bien por esa vía diplomática, bien por la imposición, abandonando toda la obediencia de los pontífices que respectivamente reconocían (Suárez 1960, 28 y ss; Villarroel González 2012, 321). En este punto Enrique III mostró una clara intención de no aceptar un papel de mero comparsa, aceptando lo que hiciese su aliado francés (dentro de la activa política exterior de este rey),⁴ sino que exigió ser consultado de todo previamente y que se escuchase su voz, pidiendo que no se repitiese lo ocurrido con la llamada embajada de los tres duques, que sometió a presión, incluso violenta, al papa Benedicto XIII (Suárez 1960, 30).⁵

Sabemos que el monarca castellano puso en marcha su maquinaria diplomática buscando informar de su posición y al mismo tiempo estar informado de la del resto de los poderes políticos y eclesiásticos. Las cartas remitidas al papa, a los cardenales y a su aliado francés Carlos VI, no dejan lugar a dudas.⁶ Se ha indicado ya, además, que actuaba en Castilla en consonancia, mostrando claramente que la vía de la sustracción era real y que no dudaría en presionar al papado (Villarroel González 2012, 321; Suárez 1960, 31 y ss). De esta forma las embajadas dirigidas a París, a los papas o al papa

³ La mayor parte de ellas se conservan en AGS, Estado-Castilla, 1-1 y fueron publicadas hace años por Suárez Fernández (Suárez 1960), y así se indicará en todo momento.

⁴ Ha sido trabajada en diversas ocasiones y desde diversos puntos de vista: la participación de las Cortes (Mitre 1999); una visión amplia pero atendiendo a sus diversos aspectos (aunque no incluya el Cisma: Suárez 1950).

⁵ También trata esta época, pero sin aportar nada nuevo (sin entrar en valorar el origen del trabajo) Suárez Bilbao, 1999; no llega, además, hasta el periodo que nos interesa. Tampoco lo trata en su libro sobre Enrique III (Suárez Bilbao 1994).

⁶ BNE, ms 13236, ff. 14r-15v.

Benedicto, se sucedieron en los años siguientes. Incluso con la sustracción ya activada el rey siguió buscando estar informado de lo que ocurría en la Curia, donde sabemos que siguió habiendo enviados que recibían instrucciones regias (Puig y Puig 1920, 97). Además, hay que contar con una importante presencia de castellanos en la Curia, algo que se había incrementado notablemente desde los años del papado de Aviñón (Nieto Soria 1993, 44-46). Esos castellanos podían, sin duda, actuar también como intermediarios y, lo que más nos interesa aquí, como emisores de información hacia la corte regia (hubiese más o menos subjetividad en sus informaciones). Así, durante la sustracción de obediencia tenemos documentados a diversos miembros de la Curia de origen castellano y trabajando para el rey de Castilla.

Sin embargo, es con la restitución de la obediencia, y hasta el final del reinado de Enrique III, cuando nos encontramos una especial presencia junto a la Curia de Benedicto XIII. El rey castellano va a tomar un papel muy activo buscando poner fin al Cisma de Occidente, confiando en la alternativa planteada por el papa. Para ello va a desplegar su diplomacia en el entorno pontificio. A este hecho se unió que el papa Benedicto XIII tenía en esos momentos una especial inclinación hacia Italia (donde esperaba entrar a negociar con el papa romano y, de paso, atraerse la obediencia de las ciudades por su preocupación por el Cisma y por los problemas internos de su rival pontificio). Esto hizo que la península ocupase un cierto papel en la diplomacia castellana, pues, como veremos, fueron varios los embajadores que hubo en suelo italiano o en su entorno, y fue abundante la información que remitían sobre la situación de la península.

¿Cuál era el interés castellano en Italia? ¿Interés por la situación política italiana? ¿Comprensión de la situación de la zona para tratar de vislumbrar las posibilidades reales de Benedicto XIII de conseguir sus fines? Es difícil responder. Atenderemos a esa presencia diplomática castellana, viendo quiénes estuvieron en la Curia, qué tipo de enviados había, cuáles fueron sus misiones y qué noticias transmitieron, intentando, posteriormente, comprender qué podía haber detrás de la actuación castellana.

2. Los castellanos en Curia

Parece indudable pensar que en la Curia de Benedicto XIII hubo castellanos durante la sustracción de obediencia. De algunos de ellos sí tenemos noticia, aunque no es fácil llegar a saber quiénes estaban en las vísperas de la entrada en Italia del papa. Así, sabemos que hasta enero de 1402 había estado en la Curia el tesorero de Sevilla, Pedro Alfonso, a quien por esas fechas enviaba a Castilla, y en febrero de ese mismo año enviaba a Diego Ramírez de Guzmán, canónigo de Toledo (Puig y Puig 1920, 487-488).⁷ Ambos le servían en el momento de la restitución de la obediencia en Castilla, a principios de 1403 (Puig y Puig 1920, 409).⁸

Desde algo antes del retorno a la obediencia de Benedicto XIII podemos empezar a encontrar en su Curia, aún en Aviñón pero que pronto se dirigirá hacia Italia, a diversos enviados castellanos. En concreto, y de creer a González Dávila (1638, 160) habrían sido enviados Alfonso Rodríguez de Salamanca y Alfonso de Argüello en 1402, llegando a la Curia en septiembre. El rey buscaba con ellos intentar negociar con el pontificado los asuntos pendientes con vistas a la restauración. Si primero había negociado por medio de los enviados pontificios a Castilla (ejemplo de ello lo

⁷ Publicando y citando documentación de la Catedral de Barcelona, del actual fondo Cisma de Occidente.

⁸ Que la comunicación con ellos fuese cifrada, como mostró Puig y Puig, es, sin duda, un dato relevante de la diplomacia castellano-pontificia del momento.

encontramos en la carta de Benedicto XIII a Francesc Climent, donde se indica el rey le había hecho llegar peticiones por su intermediación: Puig y Puig 1920, 487), finalmente habría enviado los suyos para intentar una negociación directa sobre las formas a seguir en la restitución. En los momentos de la fuga del papa de Aviñón también sabemos que éste le había enviado al provincial de la orden franciscana en Castilla como embajador, y su misión se centraba en esas mismas cuestiones (Alfonso de Argüello tal vez de nuevo: Puig y Puig 1920, 493).

Además, las fuentes nos empiezan a mencionar, ya en 1403, a otros castellanos allí presentes, bien motu proprio bien como enviados de otros prelados. Así, por ejemplo, el mismo papa indicaba a principios de 1403 cómo Diego Ramírez, abad de San Vicente, y Pedro Alfonso, tesorero de Sevilla, habían acudido a la Curia con cartas de Francesc Climent y el obispo de Ávila que le debían representar en Castilla (Puig y Puig 1920, 469 y 490).

Sabemos también que en la Curia estaba Antonio de Ceynos, abad de Sahagún, a quien el papa envió a Roma ante el papa rival en 1404 (Suárez Fernández 1960, 52), así como Diego Ramírez. Ambos aún estaban presentes en la recepción de los embajadores castellanos que tuvo lugar el 27 de diciembre de 1403, y ya antes había llegado (y aún estaba allí) Juan Fernández de Bobadilla,⁹ quien, aparentemente, había sido enviado al papa por Enrique III con anterioridad. Antonio Sánchez estaba en la Curia al menos en mayo de 1404, cuando escribió al obispo de Palencia una carta con información de la Curia.¹⁰ En ella se incluye la presencia de al menos otros dos castellanos: Juan Sánchez, capellán del infante, que había llegado con cartas suyas para el papa; y Ruy Barba, llegado a finales de abril; así como la inminente llegada de los obispos electos de León y Mallorca.¹¹

Para entonces, además, ya habían empezado a llegar más castellanos como embajadores del rey de Castilla, seguidos de muchos mensajeros que mantenían el contacto entre estos y su monarca. Así, desde fecha desconocida de 1403 ya estaban Pedro Fernández y Pedro Yáñez, doctores ambos. Sin duda en diciembre llevaban ya el suficiente tiempo como para que el rey les hubiese enviado nueva documentación. Efectivamente, en diciembre llegaba a la Curia Gonzalo Gil, escudero regio con cartas del rey,¹² y apenas unos días después Cristóbal, otro escudero regio con otra carta. También llegaban otros castellanos, como emisarios de prelados del reino o miembros de la Curia, caso del arcediano del Páramo, familiar de Alonso de Argüello, obispo de León.¹³ También sabemos que en 1403 estuvo en la Curia, hasta agosto, Diego García de Cisneros, noble enviado como embajador por el infante Fernando (Puig y Puig 1920, 497).

Y estos castellanos que estaban en la Curia no dudaban, en ocasiones, en escribir al rey para informarle de hechos y actos que allí se desarrollaban. Es el caso del doctor Juan Alfonso de Madrid, quien, estando en la Curia el 18 de septiembre de 1404, se decidió a escribir al rey, según sus palabras

porque yo estar acá, seyendo cosa vuestra e limosna vuestra, me quise atrever a escrevir a la vuestra señoría de las nuevas que en esta tierra son por dos cosas, lo primero porque tan alto príncipe como vos sepa todas las cosas doquier que

⁹ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 48; Suárez, 1960, 243-247.

¹⁰ Se ha conservado una, pero sabemos que había más: AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 85, publicada en Suárez 1960, 250-251.

¹¹ *Ibidem*.

¹² AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 48, publicada en Suárez 1960, 243-247.

¹³ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 48, publicada en Suárez 1960, 243-247.

se fezieren luego e los vuestros vos sirvan de todo coraçón como es de derecho e vos non seades el postrimero de los que las supieren. Lo segundo porque a mi non sería buen estança non vos çertificar de todo ello, pues cumple así a vuestro servicio.¹⁴

Este notario pontificio permaneció aparentemente en Curia hasta su muerte en 1410 (Cuella Esteban 2009, 499).¹⁵ No todos trabajaban por el bien del rey, aparentemente. Juan Alfonso de Madrid se quejaba al rey en agosto de 1405 de la actuación de Ruy Gutiérrez de Villarreal, camarlengo del cardenal Frías.¹⁶ Sin embargo hay que poner en cuarentena su opinión al tratarse de una censura proferida desde el entorno pontificio contra alguien que se alejaba de él, como era el cardenal Pedro de Frías.¹⁷

El momento de mayor concentración de castellanos en ese inicio del siglo XV, sin embargo, llegaría con el año 1405. La embajada de Alfonso de Egea, que partió de Sevilla en abril de ese año, supone uno de los mejores ejemplos documentales de la diplomacia castellana de esas fechas.¹⁸ Gracias a las cartas conservadas podemos conocer la presencia de múltiples castellanos en el entorno pontificio (embajadores, mensajeros, curiales...) en un momento de suma importancia para el Cisma en el que Benedicto XIII se adentraba en Italia.

Sabemos, por ejemplo, que antes de mayo de 1405 había estado en la Curia como embajador del rey Gonzalo Moro, quien a la altura del mes de mayo ya había pasado por Barcelona de regreso hacia Castilla.¹⁹ Alfonso de Argüello, obispo de León, llegó a la curia en Génova después del 2 de junio. No parece que fuese embajador regio, sin embargo el arzobispo Ejea indica claramente que colaboraba mucho con él.²⁰ Hasta agosto de ese año permaneció Juan Fernández, criado del rey,²¹ a quien hemos visto en la Curia ya en diciembre de 1403. Seguía también Juan Alfonso de Madrid, que volvió a escribir al rey con noticias de la Curia el 12 de agosto de 1405.²² También estaba en Curia, sin que sepamos desde cuándo,²³ Toribio García de Sahagún, doctor en decretos y oidor del Sacro Palacio de Benedicto y que marchó a finales de 1407 a Saona para preparar las vistas con Gregorio XII (Puig y Puig 1920, 154), y que estuvo entre los que negoció un nuevo lugar de reunión al no comparecer este último (Cuella Esteban 2005, 264).

¹⁴ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 18; publicada en Suárez 1960, 252-253.

¹⁵ Desde 1405 era deán de Santiago de Compostela, manteniendo la canonjía de Segovia que poseía, aunque renunció a diversos prestimonios (Cuella Esteban 2011, 236). Sabemos que en 1407 estaba en la Curia pues el papa le autorizaba a otorgar grados, previo examen, estuviese la Curia donde estuviese (Cuella Esteban 2005, 265).

¹⁶ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 44; Suárez 1960, 266-267.

¹⁷ De nuevo nos encontramos aquí otro ejemplo de posible desinformación (Verdon 2010).

¹⁸ Eso es así tanto por la cantidad de documentación conservada como por las noticias que nos transmite que, como se verá, nos permite un análisis completo de los emisarios y la comunicación.

¹⁹ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 54, publicada en Suárez 1960, 254-256; da noticia de ese viaje Alonso de Ejea, indicando que en la data (20 de mayo) Gonzalo ya había pasado por Barcelona.

²⁰ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 53, publicada en Suárez 1960, 257-258.

²¹ Sabemos que a principios de agosto emprendía el viaje hacia Castilla llevando, al menos, cartas del obispo de Albi Domingo de Florencia: AGS, Estado Castilla, 1-1, 17, publicada en Suárez, 1960, 265-266. Parece Juan Fernández de Bobadilla.

²² AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 44, publicada en Suárez 1960, 266-267.

²³ Al menos en 1405 ya era oidor del Sacro Palacio: Cuella Esteban 2005, 171; citando ASV, Reg. Avin., 322, f. 362r.

El mismo año de 1405, en agosto, tenemos noticias de que había estado en la Curia el doctor Ruy García de Villarreal.²⁴ Por esas mismas fechas había estado Juan Fernández, criado regio.²⁵ Antes del 15 de septiembre habían regresado a Castilla Alfonso de Argüello, el abad de Sahagún y el deán de Zamora,²⁶ lo que fue aprovechado por el embajador Ejea para enviar información al rey. Lo mismo haría con el prior de Guisando, que iba para Castilla. Además, llegaban nuevos enviados: Juan de Torres, escudero de caballo del rey, había llegado a Génova portando cartas regias.²⁷ El tesorero de Sevilla Pedro González de Medina seguía en octubre en la Curia y escribía al rey.²⁸ En febrero de 1406, de nuevo por una carta de Alfonso de Ejea, tenemos constancia de la llegada y salida de emisarios castellanos:²⁹ en fecha incierta le envió información al rey con Frutos, escudero de caballo del rey, y de nuevo por Pedro de Ribera, escudero de caballo también. Sabemos, además, que no era el único enviado regio pues habla de que él y los otros embajadores de Castilla se habían enterado de que el cardenal de España actuaba contra sus intereses, y da noticia de que los embajadores le enviaban con noticias a Luis Díaz, de nuevo escudero del rey, que llevaba también la carta del arzobispo. En agosto regresaba Alcocer a la Curia, que ya se encontraba en Mónaco el 14, nuevamente como embajador del rey, esta vez junto a Fernando López de Estúñiga y el doctor Alfonso Rodríguez López.³⁰ De nuevo en octubre de 1406 tenemos noticia de la llegada de un nuevo emisario regio: Pedro González de Sacramenia, escribano de cámara, que llega a la Curia a Saona el día 15 de ese mes, además se nos informa de que Juan de Torres ya había regresado a Castilla portando información importante.³¹

La muerte de Enrique III el día de Navidad de 1406 supondría evidentes cambios en la presencia castellana. Para empezar los embajadores tenían poderes de Enrique III, con lo cual dejaban de actuar en nombre regio. Eso explicaría que rápidamente llegasen embajadores en nombre de los regentes: Juan Rodríguez, prior de Husillos, y Fernando García, prior de Medina, llegaron en marzo de 1407 en nombre de la reina.³² En julio llegaba a la curia marsellesa el arcediano del Alcor, embajador del infante Fernando.³³ Con este cambio, además, se dejan de recibir cartas del arzobispo Ejea, una importante fuente de información sobre enviados, mensajeros y, como veremos, sobre noticias de Italia.³⁴ Con ello solo nos resta la que el mismo Benedicto enviaba, como veremos en el apartado correspondiente a las noticias de Italia.

²⁴ Posiblemente del entorno del cardenal Pedro de Frías: AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 48.

²⁵ Regresaba ya a Castilla llevando cartas del obispo de Albi: AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 17.

²⁶ Este era, además, limosnero regio: AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 52.

²⁷ Inmediatamente regresaba a Castilla portando cartas del embajador: AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 52, publicado en Suárez, 1960, 269.

²⁸ No sabemos cuándo había regresado, pero se presenta como servidor regio y su *fechura*: AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 16; publicado en Suárez 1960, 271-273. Esto no ha de hacernos pensar que era embajador regio.

²⁹ Es la última carta de Ejea como embajador regio: AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 49; publicada en Suárez 1960, 275-276.

³⁰ Antes habían pasado por Viterbo aparentemente, pues el cardenal de Ostia, de la obediencia romana, escribía al rey por ello: AGS, Estado-Roma, leg. 847, 56; publicada en Suárez 1960, 277.

³¹ No se indica la fecha exacta de su regreso, solo que Ejea había enviado cartas con él: AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 51.

³² ASV, RV, 332, 8v-9r; publicada en Suárez 1960, 278-279.

³³ Es una carta de Benedicto XIII que informa de esto y también de que Ejea seguía en la Curia y escribía al infante: ASV, RV, 332, 24v; publicada en Suárez 1960, 278.

³⁴ Ejea, sin embargo y como hemos visto, si escribió alguna otra, pero al infante Fernando con lo que no se conservan en el mismo fondo simanquino.

3. Los enviados

Como se ha podido ver son muchos los castellanos presentes en Curia, y especialmente los enviados por el monarca. Estos son de especial interés dado que nos muestran la preocupación por parte del monarca para estar enterado de lo que ocurría en la Curia y en la negociación con Roma que podía y debía conducir al cierre del Cisma.

El primer grupo lo conformarían los embajadores propiamente dichos, es decir, aquellos que habían sido nombrados representantes ante el papa por el rey. No conservamos nombramiento de ninguno de los aquí mencionados, pero son fácilmente distinguibles: o las fuentes les denominan como embajadores, o aparecen presentándose ante el papa en nombre del rey. El primero de los embajadores mencionados es Gonzalo Moro, quien se cruzó con Alfonso de Ejea que le menciona como “emiado [por el rey] a nuestro señor en papa sobre el negoçio que yo vo”.³⁵ Este doctor ya había servido al monarca en otras ocasiones, apareciendo como embajador dos años antes, por ejemplo, ante el monarca inglés.³⁶ Con lo que no era un personaje sin experiencia. Con Pedro Fernández y Pedro Yáñez nos encontramos de nuevo a dos doctores en la misión ante el papa. Con ellos nos encontramos, además, con una característica en su comunicación: informan de manera abundante sobre su misión, con abundantes detalles, lo que nos permite conocer mejor el contexto, a ojos vista de un castellano. No solo escriben una larga carta, sino que podemos considerar suyo el memorial que la acompaña.³⁷ En el caso de Pedro Fernández, no es un nombre muy indicativo, y se repite en diversas ocasiones entre los embajadores castellanos, pero, por proximidad cronológica, podríamos pensar que es el mismo que actuó en Inglaterra en 1402 (Díaz Martín 1987, 76).³⁸

El segundo grupo lo conformarían los emisarios, mensajeros y enviados de menor rango. Hemos podido ver muchos de ellos a lo largo del periodo. Son mencionados en la documentación intercambiada entre los embajadores o miembros de la Curia y el rey normalmente en el momento de especificar que ha llegado o que envían cartas. Gente como Gonzalo Gil y Cristóbal, escuderos regios, en el año 1403, mencionados por Pedro Fernández y Pedro Yáñez; o Juan Fernández, criado del rey, en 1405 mencionado por el obispo de Albi como enviado para Castilla portando sus cartas así como sus noticias. Sin lugar a dudas oficiales menores del rey que desempeñaron el papel de correo: aportando información a sus embajadores en la Curia y aprovechando el camino de regreso para aportar información y documentación a la Corte. Frutos, escudero de caballo, actuó como mensajero de Alfonso de Ejea, así como Pedro de Ribera, también escudero, y un obispo franciscano que no se indica.³⁹

En ocasiones, los mismos embajadores al regresar a Castilla portaban documentación de los que quedaban en Curia. Así, Alfonso de Ejea escribía al rey en septiembre de 1405 indicando que había enviado cartas con el obispo de León, Alfonso de Argüello, el abad de Sahagún y el deán de Zamora. En esos mismos momentos

³⁵ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 54; publicado por Suárez, 1960, 256.

³⁶ NA, SC 8/179/8931; cfr. Díaz Martín 1987, 76. Y de nuevo lo haría en años posteriores, Díaz Martín 1987, 80.

³⁷ Ambos en AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 48 y 49; publicadas en Suárez, 1960, 243-247 y 247-248.

³⁸ Él mismo se presenta como fechura y servidor del rey y de su padre. En la diplomacia castellana de los años anteriores encontramos otros Pedro Fernández, pero la asignación es difícil (Villarroel, en prensa b).

³⁹ AGS, Estado-Castilla, 1-1, 49, Suárez 1960, 275-276.

tenemos documentados regresando a Castilla con información para el rey a Juan de Torres, escudero de caballo y el prior de Guisando.⁴⁰

Su papel era importante para el buen éxito de la misión, aunque pudiese parecer menor. De hecho, vemos que en la mayor parte de las ocasiones se habla de miembros de la corte regia y servidores regios, no se confía en otras instancias para llevar las cartas o traerlas de los embajadores. Incluso, en ocasiones, otras personas de la Curia que escribían a Castilla utilizaron estos mensajeros para aportar información al rey Enrique. Hay que tener en cuenta que estos escuderos de caballo formaban parte de la Casa Real, formando parte de los oficiales que estaban en su guarda, de modo que tenían una clara función de protección de la figura regia (Salazar y Acha 2000, 329).

4. La fluidez de la comunicación

La comunicación en ocasiones era constante y las cartas en algunos momentos, como se ha visto, circulaban con profusión. Dada la importancia del escrito en la diplomacia occidental desde unos siglos atrás, parece lógico que fuese así (Moeglin-Pécquignot 2017, 129-131). Como se ha podido apreciar, son muchos los mensajeros que llegan con nuevas informaciones u órdenes, lo que nos muestra la preocupación y el interés de Enrique III en la cuestión, así como un trasiego casi continuo de embajadores y emisarios, especialmente por parte del rey castellano. En ocasiones, esa circulación permanente de emisarios y mensajeros debía ser bastante habitual. Así, por ejemplo, si el 14 de diciembre de 1403 llegaba Gonzalo Gil a la Curia, el día 19 llegaba Cristóbal, también escudero regio: solo cinco días después.⁴¹

Dada la presencia de abundantes castellanos, sirviendo a diversos poderes, la comunicación era casi constante y todo parece reflejarse en esas cartas. Sabemos quiénes llegaban y quiénes partían, además de informarnos de las intenciones de Benedicto XIII. En mayo de 1404, por ejemplo, ya se hablaba de que el papa iba a enviar ante el papa romano al obispo de Lérida, al abad de Sahagún y a un noble catalán.⁴² Eso sí, en ocasiones, la información sobre la Curia parece algo magnificada, en lo que tendríamos que ver tal vez la parcialidad del que escribía y si con ello buscaba presentar una visión determinada de la Curia y, sobre todo, de la actividad de Benedicto XIII. Es el caso de Juan Alfonso de Madrid, quien en septiembre de 1404 habla de embajadas constantes a todos los lugares de peso en esos momentos en el Cisma: el rey de Francia, Roma, Florencia, Milán...⁴³

El mejor ejemplo de comunicación diplomática constante lo encontramos con la embajada de Alfonso de Ejea. Como ya se ha comentado es una de las que mejor conocemos de principios del siglo XV, porque se ha conservado un volumen poco habitual de comunicaciones. Además, en esas cartas del prelado se mencionan muchas otras noticias e información sobre el contacto de la Corte con los embajadores: llegada de mensajeros, de cartas, de nuevos enviados... Incluso se menciona el interés del rey en conocer el paradero de sus embajadores ante Tamerlán, lo que el arzobispo indagaba en su viaje por el Mediterráneo.⁴⁴ Una vez en la Curia, además, la comunicación es muy

⁴⁰ AGS, Estado Castilla 1-1, 52, Suárez 1960, 269. No solo aportaban información de la embajada, en este caso Ejea aprovechaba a disculparse por sus retrasos y pocos éxitos, pues estaba enfermo, como bien diría el prior.

⁴¹ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 48, publicada en Suárez 1960, 243-247.

⁴² AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 85, publicada en Suárez 1960, 250-251.

⁴³ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 18, publicada en Suárez 1960, 252-253.

⁴⁴ Y transmite la falta de noticias al rey: AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 53, publicada en Suárez 1960, 257-258.

habitual, tanto por parte del arzobispo como por otras cartas que se remiten desde la Curia.

Efectivamente, las misiones regias, en ocasiones, suponían un acicate para recibir otras informaciones. Así, por ejemplo, la visita a Viterbo de los embajadores regios (aparentemente en su camino a la Curia), provocó que el cardenal de Ostia escribiese al monarca, trasluciendo información también sobre el estado de las negociaciones.⁴⁵ Además, sabemos también que otras informaciones viajaron hacia Castilla, incluso algunas no agradables al papado. Tanto es así que se impuso la bula obligatoria de los documentos que saliesen de la Curia, fuese cual fuese el emisor, en un ejemplo claro de censura de toda información contraria al papa. Para agosto de 1405 ya estaba establecida.⁴⁶ Pero también sabemos que previamente había salido información hacia Castilla según nos informa la misma documentación.

De otra información no nos queda más rastro que la noticia de su existencia pues, en ocasiones, pese a la relevancia del documento escrito (como se ha comentado)⁴⁷ se encomendaba oralmente al mensajero, como es el caso de Juan Fernández quien, según el obispo de Albi estaba

llanamente informado de todo el estado de la Corte de Génova, e cómo las cosas andan en ella, otrosí es enformado cómo andan los fechos e las bueltas e rebueltas de Ytalia, otrosí sabe bien como allá se aderesçan los negocios de la Iglesia.

Pero además le encomendaba información específica sobre sí mismo “la qual dixie al dicho Joan Fernández por la decir e declarar más espresamente a la vuestra merçed” (AGS, Estado-Castilla, 1-1, 17; Suarez 1960, 265-266). Lo mismo hacía en septiembre de ese mismo año Alfonso de Ejea por medio del prior de Guisando: “el dicho prior de Guisando hablará algunas cosas que le he encomendado con la vuestra señoría a la qual suplico humildemente que le plega de lo oýr y creer en todo lo que le dixier de mi parte”.⁴⁸

5. Las misiones

Se nos hace difícil llegar a conocer la misión concreta con la que fueron encargados todos y cada uno de los embajadores que hemos visto enviar a la Curia. La falta de las cartas de creencia, así como de las instrucciones, hace que solo por medio de referencias en las misivas conservadas, así como por otras indicaciones del rey Enrique III, podamos llegar a conocer cuáles eran esas misiones. En ocasiones, apenas podemos sospecharlo.

Las negociaciones para la restitución de obediencia estuvieron, sin duda, entre las misiones iniciales. Estas parece que empezaron a avanzar a principios de 1403. Por entonces el papa ya indicaba hasta dónde estaba dispuesto a ceder. Así, comunicaba de forma secreta a sus enviados en la península que estaba dispuesto a entregar el perdón a Enrique III y la confirmación de los beneficios entregados durante la vacante (Puig y Puig, 1920, 499). La cuestión no debía estar clara para la monarquía porque por ese

⁴⁵ Es Ángel Acciaio, obispo de Florencia hasta 1397 y luego trasladado a Ostia. Fue cardenal con el título de San Lorenzo in Dámaso. AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 49; publicada en Suarez 1960, 276-277.

⁴⁶ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 44; Suárez, 1960, 266-267. El control de la información por Benedicto XIII adoptaba diversas formas, entre ellas esta, pero también el difundir los mensajes por el canal adecuado: Villarroel González 2012, 331-332.

⁴⁷ Sin duda, como vemos, la oralidad siguió utilizándose (Moeglin-Pécquignot 2017, 129-131).

⁴⁸ AGS, Estado Castilla, 1-1, 52; Suárez 1960, 269.

motivo envió a la Curia a Alfonso Rodríguez de Salamanca y Alfonso de Argüello, como hemos visto (González Dávila 1638, 160): la misión expresa era comunicar el retorno a la obediencia, así como exculpar al rey por la substracción.

La negociación, aun así, ni mucho menos estuvo cerrada, puesto que la cuestión del arzobispado de Toledo alargaría mucho este asunto (sin que por ello se paralizase el retorno a la obediencia ni el resto de cuestiones a negociar entre ambos poderes). Efectivamente, esta cuestión fue fundamental en todo este periodo. Ya Juan Fernández de Bobadilla, Pedro Fernández y Pedro Yáñez la tenían entre sus objetivos.⁴⁹ El hecho de que buscasen apoyos en la Curia para llevarlo adelante nos indica hasta qué punto era importante para el rey. El doctor Gonzalo Moro, entre finales de 1404 y mediados de 1405, tuvo la misma misión.⁵⁰ Alfonso de Ejea también tuvo en ello su principal misión, lo que menciona en diversas ocasiones (Suárez Fernández 1960, 54 y ss).

Además de presionar para conseguir objetivos de interés político religioso para la monarquía, los embajadores parece que tuvieron entre sus misiones presionar para conseguir la unión. Así lo indicaba el mismo Enrique III en una carta que escribió a los reinos en febrero de 1405 (justo en el momento en el que la presencia castellana en la Curia iba a incrementarse notablemente). En ella, el rey decía que iba a enviar sus embajadores a Francia, a Roma y a cualquier otro lugar que fuese necesario “para que esta cosa venga a buen efecto”.⁵¹

6. Las noticias de Italia

Si algo trasciende de toda la documentación como la parte más importante es, sin duda, la información sobre Italia. En algunas ocasiones de forma monotemática, en otras junto a otras cuestiones, de lo que no cabe duda (una vez analizadas las cartas) es que la situación política de Italia, y especialmente del norte (donde estaba y hacia donde se dirigía la Curia) era de especial interés. Los embajadores y enviados regio describen esa situación de forma pormenorizada y con sumo detalle. Se dice lo que se conoce, lo que se cuenta y las noticias que llegan desde el papado. Con todo ello Enrique III podía tener un conocimiento bastante veraz de la situación italiana y nos hace pensar que efectivamente tenía interés en ello. El interés es tal que, incluso embajadores que regresaban a Castilla desde la Corte francesa, enviaban información sobre lo que sabían de Italia.⁵²

¿Qué razones podía tener para ello? Parece plausible pensar que con esas noticias el rey podía estimar mejor la situación de la iniciativa papal para poner fin al Cisma, que era lo que realmente buscaba Castilla junto a Francia. Como se ha comentado Italia estaba en el objetivo del Papa Luna, y desde 1403 empezamos a encontrarnos en la documentación diplomática castellana con que se va trasluciendo e informando sobre el ámbito italiano y su política. Sin duda esto demuestra que el rey quería estar al corriente de la política del Cisma, y con ello se le ponía al tanto de la

⁴⁹ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 48 (publicada en Suárez 1960, 243-247) incluso buscaron atraerse partidarios, como el duque de Orleans.

⁵⁰ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 54, publicada en Suárez 1960, 254-256.

⁵¹ La carta fue publicada hace años por Riesco Terrero (1985, 241-242), habiéndola hallado en el Archivo Ecclesiástico de Atienza, Documentos Reales, caja 1, 14. El monarca se preocupaba, además, por crear el clima religioso propicio en Castilla, pidiendo oraciones y procesiones porque la negociación entre los papas llegase a buen puerto.

⁵² Es el caso de la embajada de Pérez de Ayala y Alfonso de Alcocer que, regresando de París y estando en Beziers en septiembre de 1405 (es decir, relativamente cerca de la Curia y de la zona de interés), escriben al rey una carta en la que se incluye también información sobre la situación en Pisa (AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 45; publicada por Suárez 1960, 267-268).

política italiana. Entre las informaciones que enviaban los embajadores es muy habitual encontrar noticias del estado político de Italia, al menos en la parte que más interesaba, como era el norte de Italia (tanto por la presencia del papa como por su intento de entrar en suelo italiano y a ser posible, auparse al trono pontificio).

Estas noticias llegaban en las cartas y, en ocasiones, en memoriales donde se recogía la información que consideraban relevante para el rey. Así, por ejemplo, de la embajada de 1403-1404 conservamos un memorial en el que se repasa la actualidad de los temas de Francia, la Curia e Italia. En él se informa al rey de que la situación del duque de Milán es precaria, teniendo que soportar numerosas rebeliones en sus tierras. También le informan de la enfermedad incurable del papa romano.⁵³

Obviamente el mismo papa no dudaba en escribir al rey para contarle su visión de la situación, narrándole los viajes a Italia, el suyo y el de sus enviados a Roma del año 1404 (con todos sus avatares). No dejaba de mostrar, además, el apoyo de otros poderes a su misión, así, por ejemplo, indicaba que los embajadores de Florencia intercedieron por sus emisarios en Roma después de la muerte de Bonifacio IX.⁵⁴ Le transmite, además, toda la esperanza que tiene en la aceptación de la negociación por parte del nuevo papa romano, Inocencio VII (al que llama *Intrusus novus*).

Incluso informaciones que podemos tener por más subjetivas, por ser más parciales del papa, no dejan de transmitir noticias de Italia y de los sucesos políticos que allí se desarrollaban y que afectaban directamente al Cisma. La información y la desinformación iban de la mano en un ejemplo de cómo las cartas podían tener una eminente función de transmisión de la información que se pensaba de forma conveniente al interlocutor adecuado. Si la información no se transmite, no es útil (Verdon 2010, 163), y desde la Curia se hacía utilización de ella. La carta de Juan Alfonso de Madrid de septiembre de 1404 nos informa de la comunicación pontificia con Milán, Roma y Florencia. Transmite, además, el transcurso hacia Roma de la embajada de Benedicto XIII, con el abad de Sahagún en ella. Así, sabemos que en septiembre de 1404 habían estado en Florencia y que no salieron de allí hasta poco tiempo antes porque el “intruso” no les había dado un salvoconducto para continuar.⁵⁵ En este punto intervino la república florentina, quien intercedió ante el papa romano para que les concediese el salvoconducto, lo que efectivamente ocurrió. La información, sin duda parcial, se completa indicando que Génova, Florencia y otras cuatro ciudades notables (Savona, Vintimillia, Carreto y Albenga) se habían declarado por el papa Benedicto XIII: todas ellas por votación de sus ciudadanos.⁵⁶ Le informa además de la llegada de embajadores de Génova y de que el papa quería adentrarse en Italia aprovechando esa situación para acercarse al otro papa y poder negociar. Se muestra, también, el apoyo popular al papa en toda la zona. Como vemos, no deja de ser una información tendente a mostrar el esfuerzo y los resultados del papa Luna con respecto a la solución del Cisma, casi podríamos considerarlo propaganda.

El siguiente jalón en este camino de noticias de Italia es la carta que escribió Alfonso de Ejea al rey una vez llegado a la Curia en junio de 1405. En ella la información sobre Italia es aún parca (tal vez por lo reciente de su llegada) y nos transmite solo la situación en el entorno de Génova con relación a Benedicto XIII, así

⁵³ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 47, al que llama “intruso romano”, publicada en Suárez 1960, 247-248.

⁵⁴ AGS, Patronato Real, leg. 60, 173, publicado en Suárez 1960, 258-265.

⁵⁵ Como vemos se aprovecha para mostrar la postura “poco colaboradora” del papa de Roma, sin duda una visión parcial que ayudaba a mostrar el buen trabajo de Benedicto. AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 18, publicada en Suárez 1960, 252-253.

⁵⁶ La información no deja de ser un tanto tendenciosa si atendemos a la importancia real de las ciudades y a su situación en Italia. Son todas del entorno de Génova.

como los contactos de este con el otro papa, al que llama “intruso”.⁵⁷ La bula casi coetánea que escribió Benedicto XIII a Enrique III no nos aporta apenas información sobre Italia, aunque sí sobre el estado de la Curia y de Roma en los momentos previos y posteriores a la muerte del papa romano Bonifacio IX (AGS, Patronato Real, 60, 173; publicada en Suárez 1960, 258-265), salvo la salida de los embajadores de Benedicto hasta el castillo de Soriano del Cimino (a medio camino entre Roma y Florencia). Y por desgracia para nosotros la carta del obispo de Albi (AGS, Estado-Castilla, 1-1, 17; publicada por Suárez 1960, 265-266) no nos transmite la información sobre las “bueeltas e rebueeltas de Ytalia”, que en esta ocasión se transmitieron oralmente. Sin duda la información ahí fue mucho más detallada.

De este modo, la carta que nos aporta de nuevo un panorama de la situación en aquella zona de Italia es la de Juan Alfonso de Madrid, quien volvió a escribir al rey el 12 de agosto de 1405, con nuevas informaciones sobre la situación italiana y de la Curia de Benedicto (AGS, Estado-Castilla, 1-1, 44; publicada por Suárez 1960, 266-267). Así, transmite lo que sabe de la situación en Roma, donde habla de la existencia de luchas entre los partidarios del papa romano, otros por la ciudad y otros por el rey de Nápoles. Efectivamente Roma se vio asolada por diversos enfrentamientos donde la ciudad actuó por un lado, con el apoyo de los Colonna, el papa por otro, con el apoyo de los Orsini, y el rey Lancelao de Nápoles por otro, actuando como mediador e imponiendo un control real sobre la ciudad (Lewin 2003, 130-131). Transmitía también la esperanza de recibir buenas noticias de Pisa, donde estaban refugiados los enviados de Benedicto ante el papa romano. Sin duda con ello buscaba transmitir la esperanza de que se acogiese a la obediencia del Papa Luna, lo que, sin duda, habría sido un gran éxito político.

Por último, transmite la situación caótica en Pisa. Indica que la ciudad se ha rebelado contra su señor, y que “la señora” (se refiere a la madre del señor) se ha refugiado en Génova con el papa, por lo que protestaron los cónsules pisanos. Añade, además, que corría el rumor de que querían darse al papa incluso para el gobierno temporal. Como vemos se utiliza el rumor para transmitir la idea de que Pisa también se plantearía seguir la obediencia de Benedicto, e incluso que aceptaría su gobierno temporal.⁵⁸ Por último, indica que el gobernador de Génova había marchado hacia Pisa con mucha gente, sin saber si se entregarían al rey de Francia, a su antiguo señor, o qué harían. Este gobernador de Génova no era otro que el mariscal Jean le Meingre, conocido como Boucicaut, que gobernaba Génova por el rey francés desde octubre de 1401 (Lalande 1988, 98; Pulido 2013, 58). No era la primera vez que Boucicaut había actuado sobre Pisa. En 1404, cuando se vio que Gabriel María Visconti no podría retener los ataques florentinos sobre Pisa, había solicitado ayuda al rey francés (Valois 1901, III, 395), en abril se firmó un acuerdo por el cual Visconti y Pisa juraban fidelidad al rey francés rindiéndole homenaje como vasallos (Lalande 1988, 125) y por ello Boucicaut había comunicado por medio de un embajador a Florencia que Pisa estaba bajo su protección, y que cualquiera que atacase a Pisa le atacaba a él y, por tanto, a Francia (Lewin 2003, 131). Sin duda la lucha de Florencia por conquistar Pisa podía suponer un problema para la política de Benedicto XIII (era el terreno donde había de negociarse) pero el papel de Boucicaut en este sentido estaba claramente dirigido a

⁵⁷ Ejea no es imparcial, bien al contrario es claro partidario de Benedicto (AGS, Estado-Castilla, 1-1, 53; publicada en Suárez 1960, 257-258).

⁵⁸ Sobre el rumor y su utilización política se ha trabajado bastante últimamente. Kapferer realizó un análisis transversal en el que lo denominó como un fenómeno de fuga (“fenomène fuyant”: Kapferer, 1987, 10); últimamente se han analizado de forma particular el rumor en la Edad Media (Billoré y Soria 2011), tanto en su valor político (Fine 2006, 3-22) como ejemplos concretos del mismo Cisma en el caso castellano (Villarroel 2012, 317 y 331).

favorecer la política de Benedicto XIII (Lalande 1988, 128). La rebelión que nos cuenta el castellano se produjo el 20 de julio de 1405 (porque el señor de Pisa, aparentemente, quería vender sus estados al rey de Francia: Valois 1901, III, 413; Lalande 1988, 132). Como vemos, las noticias que transmitía Juan Alfonso de Madrid eran muy recientes y tenían el foco en los avances que la política de Benedicto XIII tenía en Italia, sin que la cuestión estuviese aún resuelta.

Caso parecido al anterior, en cuanto a que es una información de parte, es el del obispo de Albi, Domingo de Florencia, quien escribió al rey a principios de agosto de 1405. Básicamente le informa de que Juan Fernández, criado del rey, va a Castilla y con él le envía información sobre la corte de Génova “e como andan las cosas en ella, otrosí, es informado como andan los fechos e las vueltas de Ytalia”. En este caso no se introduce claramente esa visión benedictista, pero es relevante el que un curial escriba al rey de Castilla, y más en este caso dado que este obispo había estado en Castilla en dos ocasiones como legado, justo al inicio del reinado de Enrique III, intentando pacificar la tumultuosa minoría regia (Villarroel 2010, 28-30; y Villarroel, en prensa a), y que de hecho se presenta como “a aquel que tengo en todo este mundo en logar de mi señor natural” insistiendo en que “plega a la vuestra alteza de me aver e tener por vuestro”. Por desgracia deja el mensaje y la situación de Italia en la boca del mensajero que vuelve a Castilla con lo cual no se nos conserva.

El siguiente punto de información sobre Italia es el caso de la carta de Pérez de Ayala y Alfonso de Alcocer, ejemplo de esos embajadores que, sin estar en la Curia, enviaban noticias sobre Italia. En concreto ellos habían sido enviados a la corte de Francia, de donde regresaban, y estando en Béziers el 5 de septiembre enviaron la información que tenían de la situación de Italia (AGS, Estado-Castilla, 1-1, 45; Suárez 1960, 267-268). Así, informaban al rey de que Boucicaut seguía en Pisa, y narraban cómo la fortaleza de la ciudad seguía en manos de los antiguos señores (Gabriel María Visconti y su madre), y como había habido un intento de abastecerla por medio de una galera que fue capturada por los pisanos, yendo en su interior un sobrino del mariscal francés. Esto nos muestra cómo Boucicaut no dejaba de utilizar todas las armas para presionar a los pisanos, incluido el mantener firme a los defensores de la fortaleza. Por último también nos transmite un rumor interesante: el papa no acababa de fiarse de los genoveses y tenía una galera siempre preparada en el puerto.⁵⁹ Y, de nuevo, podemos ver cómo los embajadores estaban bien informados. Efectivamente sabemos que Boucicaut envió dos galeras para abastecer la fortaleza, bajo el mando de su sobrino Louis de Barres, y que fueron capturados por los pisanos (que tal vez comenzaban a intuir el doble juego del francés: Lalande 1988, 133).

Los enviados regios en ocasiones también se imbuían en ese espíritu eufórico que rodeaba la Curia de Benedicto XIII a principios de 1405. Alfonso de Ejea, cuando escribe en junio al rey desde Génova, le transmite la situación de la Curia en la ciudad italiana (donde fue recibido “con gran solempnidat e alegría”, así como el apoyo que recibe de todos lados y cómo todo “aprovecha mucho para la unión de la Iglesia, la qual está en buena disposición e los negocios della van de bien en mejor”. Nos transmite el bullicio de la corte del Papa Luna donde llegan constantemente eclesiásticos, especialmente de Francia.⁶⁰

⁵⁹ Valois (1901, III, 413) también indica que la posición misma de Boucicaut en Génova no era todo lo estable que hubiera querido. Alude a que su política era un tanto errática (apoyar a Génova, a Pisa, a los señores de Pisa, negociar con Florencia...). Si todo podía estar dirigido a apoyar a Benedicto en el fondo suponía, ciertamente, algunas contradicciones.

⁶⁰ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 53; publicado en Suárez 1960, 257-258.

En octubre de 1405 Pedro González de Medina escribía al rey de nuevo y volvía a ponerle al día de los cambios que se habían producido (AGS, Estado-Castilla, 1-1, 16; Suárez 1960, 271-273). Además de informarle de la peste en Génova, que había obligado al papa a cambiar su residencia a Finale (no es casualidad que sea más cerca de Francia que de Italia), le informa de nuevo de la situación en Pisa y Florencia. Transmite también la historia de la galera, indicando claramente que el mismo Boucicaut estaba en el origen de la misión, indicando (con más detalle) que el sobrino del mariscal francés había fallecido en la refriega. Además, narra cómo se vendió la propiedad de Pisa: Boucicaut habría negociado para vender los derechos de la *signoria* de Pisa a Florencia. Para ello se llegó a introducir tropas florentinas en la fortaleza. Sin embargo, los pisanos se enteraron y la asaltaron, tomando a todos los que allí estaban. En el momento de escribir los florentinos tenían cercada la ciudad de Pisa y se pensaba que caería antes de principios de noviembre, pues ya no esperaban ayuda alguna.

De nuevo vemos cómo se transmite información ciertamente veraz. Por un lado, que Boucicaut estaba detrás del envío de la galera, por otro cómo el mariscal estaba negociando con Florencia para la venta de los derechos de la ciudad (Lewin 2003, 132-133), y cómo sería recompensado por ello, así como el duque de Orleans (Valois 1901, III, 413-414). Es más, el emisario castellano incluso especificaba cómo “el principal trabto fue que Pisa, el ora que la cobrasen los florentinos, que declarase luego por nuestro señor el papa la obediencia”.⁶¹ Es decir, transmite el acuerdo, que efectivamente existió, por el cual Pisa pasaba a dominio florentino pero a la vez prestaría obediencia a Benedicto XIII (Valois 1901, III, 414; Lalande 1988, 134-135).⁶² Además, el castellano sabe también que los florentinos tenían ya cercada la ciudad, lo que ocurrió rápidamente tras la revuelta del 6 de septiembre (Lalande 1988, 135). Como vemos, de nuevo el emisario castellano estaba bien informado y se preocupaba de transmitir la información a su monarca.

En este caso, además, extendía su información a otros territorios de Italia: Roma y Venecia. En el primer caso podemos ver en ello el peso que podía tener para el Cisma, en el segundo no es tan claro. Sobre Roma transmitía los problemas que seguían existiendo en la ciudad, dividida en el apoyo a Ladislao de Nápoles o en su rechazo (además de cómo se veía su política expansiva en Italia: se decía que quería tomar el título imperial). En el caso de Venecia se comunicaba también su expansión, con la conquista de Pavía, sobre la *terra ferma*. Como vemos, este castellano trazó todo un panorama de la política italiana en aquellos momentos.

Alfonso de Ejea, que hasta el momento apenas había dado información italiana, fue el que transmitió al rey la huida del papa de Roma hacia Viterbo. Además, transmite el rumor de que se dirigía hacia Pisa.⁶³ ¿Era cierto o era poco más que un rumor? Es difícil saberlo, lo cierto es que la Curia de Inocencio VII estuvo en Viterbo durante un tiempo, e, incluso, cuando regresó la situación en Roma no debía ser tranquila pues algún cardenal se quedó. Es el caso del obispo de Ostia y cardenal de Florencia,⁶⁴ que recibió en Viterbo a Alfonso de Alcocer, Pérez de Estúñiga y el doctor Alfonso López Rodríguez, embajadores castellanos.⁶⁵

⁶¹ De nuevo nos lo confirma Lalande 1988, 134.

⁶² Ciertamente había una cláusula que indicaba que si en seis meses de ese hecho no se hubiese conseguido la unión, los pisanos podían volver a la neutralidad (Lalande 1988, 134-135).

⁶³ AGS, Estado-Castilla, leg. 1-1, 51, Suárez 1960, 273-274.

⁶⁴ Era Angelo Acciaiolo, obispo de Ostia y con el título de San Lorenzo in Damaso, que sería nombrado vicescanciller apenas un mes después y moriría en Pisa en mayo de 1408 (Eubel 1913, I, 24).

⁶⁵ No debieron estar mucho, a mediados de agosto estaban ya en la Curia de Benedicto en Niza (cfr. AGS, Estado-Castilla, 1-1, f. 49; y AGS, Estado-Castilla, 1-1, 49; publicados ambos en Suárez 1960, 275-276 y 276-277, respectivamente).

Y con esta carta se pone fin a la serie de las que nos aportan información sobre Italia. La muerte del rey, con el consabido cambio de embajadores, más las nuevas preocupaciones de los tutores, hicieron que en la Corte castellana dejasen de recibirse estas noticias de la situación italiana (donde aún habría un último intento hasta 1407 de llevar a cabo el encuentro pontificio).

7. A modo de conclusión

Como se ha podido ver la comunicación entre Castilla y la Curia pontificia, que se desplazó hacia el Norte de Italia, fue constante a lo largo de los últimos años del reinado de Enrique III. El interés del rey por poner fin al Cisma, en este caso apoyando la política de Benedicto XIII (la, por él, llamada *via iustitiae*) le llevó a tener embajadores de forma constante junto al papa. Se desarrolló, así, una extensa campaña diplomática, donde las embajadas al papa propio y al rival fueron constantes. Para ello, además, se puso en marcha toda una infraestructura para asegurar la comunicación, con el envío de mensajeros de forma constante, que permitiesen que los desplazados en Italia tuviesen información de la posición regia.

Gracias a esa comunicación tan frecuente entre embajadores y corte castellana se nos ha conservado un volumen suficiente de documentación que nos permite apreciar el interés que existió en la corte castellana por conocer la situación política real del norte de Italia. Dada la política de Benedicto XIII, que pasaba por encontrarse con su rival en suelo italiano, era fundamental que aquellas tierras estuviesen pacificadas y sin que hubiese más conflictos que pudiesen perjudicar a la reunión. De ahí que los embajadores y emisarios se afanaran en enviar esa información política de Italia. Fuese motu proprio o por iniciativa del rey se consideraba fundamental que el monarca castellano conociese la situación de las repúblicas toscanas, así como de la partición de otros poderes italianos y extratálicos en los conflictos existentes en aquellas tierras. Por ello se nos transmite de forma tan fidedigna los avatares políticos de Milán, Florencia, Pisa, Roma e incluso Venecia. De esta forma, la diplomacia y la comunicación política sirvieron en este punto para que en la corte castellana se tuviese información abundante sobre aquellas tierras que, en principio, estaban lejos del interés castellano, al menos en aquellos primeros años del siglo XV.

Índice de abreviaturas

BNE: Biblioteca Nacional de España
 AGS: Archivo General de Simancas
 ASV: Archivo Segreto Vaticano
 NA: The National Archives
 RV: Registra Vaticana

Obras citadas

- Billoré, Maïte y Myriam Soria eds. *La rumeur au Moyen Âge. Du mépris à la manipulation*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2011.
- Cuella Esteban, Ovidio. *Bulario aragonés de Benedicto XIII. II La Curia itinerante (1404-1411)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2005.
- . *Bulario aragonés de Benedicto XIII. IV El Papa Luna (1394-1423) promotor de la religiosidad hispana*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2009.
- . *Bulario aragonés de Benedicto XIII (1394-1423) V I. La Curia cesaraugustana II. Grupos privilegiados: servidores del papa*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2011.
- Díaz Martín, Luis Vicente. “Los inicios de la política internacional de Castilla (1360-1410)”. En A. Rucquoi coord. *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid: Ámbito, 1988. 57-83.
- Eubel, Konrd. *Hierarchia catholici medii aevi*, vol. I, Münster: Regensburg, 1913.
- Fine, Gary Allan. “Rumeur, confiance et société civile. Mémoire collective et cultures de jugement”. *Diogenes* 213 (2006): 3-22.
- González Dávila, Gil. *Historia de la vida y hechos del rey don Henrique tercero de Castilla (...)*. Madrid: Francisco Martínez, 1638.
- Kapferer, Jean Noël. *Rumeurs. Le plus vieux média du monde*, París: Seuil, 1987.
- Lalande, Denis. *Jean II le Meingre, dit Boucicaut (1366-1421). Étude d'une biographie héroïque*, Ginebra: Droz, 1988.
- Lewin, Alison Williams. *Negotiating survival: Florence and the Great Schism, 1378-1417*. Madison, Londres: Farleigh Dykinson University Press, Associated University Press, 2003.
- Mitre Fernández, Emilio. “Las Cortes de Castilla y las relaciones exteriores en la Baja Edad Media: El modelo de Enrique III”. *Hispania* 59-201 (1999): 115-148.
- Moeglin, Jean Marie, Péquignot, Stéphane dir. *Diplomatie et “relations internationales” au Moyen Âge (IX^e-XV^e siècle)*. París: PUF, 2017.
- Nieto Soria, José Manuel. *Iglesia y génesis del Estado moderno en Castilla (1369-1480)*. Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1993.
- Péquignot, Stéphane. “Les diplomaties occidentales XIII^e-XV^e siècle”. En *Les relations diplomatiques au Moyen Âge. Formes et enjeux*. París: Publications de la Sorbonne, 2011. 47-66.
- Puig y Puig, Salvador. *Don Pedro de Luna, último papa de Aviñón*. Barcelona: Políglota, 1920.
- Pulido Bueno, Ildfonso. *Génova en la trayectoria histórica de España. Del auxilio militar a la preeminencia económica. SS. XI-XVIII*. Huelva: IPB, 2013.
- Riesco Terrero, Ángel. “Carta misiva de Enrique III a las autoridades eclesiásticas del reino con motivo del Cisma de Occidente”. *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia* 8 (1985): 229-243.

- Salazar y Acha, Jaime de. *La Casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000.
- Serra Estellés, Xavier. “El Cisma de Occidente y la Asamblea de Medina del Campo de 1380-1381 en el ms. Lat. 11745 de la Biblioteca Nacional de Francia”. *Anthologia Annua* 57 (2010): 33-303.
- Suárez Bilbao, Fernando. “Los problemas de religión en el reinado de Enrique III”. *Aragón en la Edad Media* 14-15/2 (1999): 1519-1544.
- . *Enrique III 1390-1406*. Palencia: La Olmeda, 1994.
- Suárez Fernández, Luis. “Algunos datos sobre política exterior de Enrique III”. *Hispania* 10-40 (1950): 539-593.
- Suárez Fernández, Luis. *Castilla, el Cisma y la crisis conciliar (1378-1439)*. Madrid: CSIC, 1960.
- Valois, Noël. *La France et le grand Schisme d’Occident*, III. París: Picard, 1901.
- Verdon, Jean. *Information et désinformation au Moyen Âge*. París: Perrin, 2010.
- Villarroel González, Óscar. *El rey y el papa. Política y diplomacia en los albores del Renacimiento (el siglo XV en Castilla)*. Madrid: Sílex ediciones, 2010.
- . “Formas de comunicación en Castilla durante el Gran Cisma de Occidente”. En Harald Müller y Brigitte Hotz dir. *Gegenpäpste. Ein unerwünschtes mittelalterliches Phänomen*. Köln: Bohlau, 2012. 315-335.
- . “Comunicar y negociar por el rey: los eclesiásticos al frente de embajadas en la diplomacia castellana”. En *Comunicação política e diplomacia no final da Edade Média*. Évora. En prensa a.
- . “Diplomacia y construcción monárquica: la participación eclesiástica castellana”. En *2nd International Meeting of Degrupe Project, The Medieval Monarchy and its Legitimizing Strategies: The Role of Ecclesiastics, Scholars and Jurists (12th-15th centuries)*. En prensa b.
- . “Los legados pontificios en Castilla en el siglo xv”. En H. Millet y P. Montaubin dirs. *Les légats pontificaux. Paix et unité de l’Eglise, de la restructuration grégorienne à l’aube du Concile de Trente (mi XIe – mi XVIe siècle)*. En prensa c.